

Georges AUGUSTIN (ed.), *Testigos de la fe. El sacerdocio de Cristo y el ministerio sacerdotal*, Santander: Sal Terrae, 2013, 168 pp., 14,5 x 21, ISBN 978-84-293-2071-8.

G. Augustin recopila varias colaboraciones del mundo germano sobre el sacerdocio. Los cardenales Kasper y Koch, el propio G. Augustin y A. Wollbold, vuelven a poner de manifiesto los principales temas sacerdotales, especialmente la centralidad de Cristo Sacerdote y el seguimiento de Cristo, como ser para Dios y ante Dios, como proexistencia de Cristo para la gloria de Dios Padre. Pero en primera persona: el sacerdote como testigo.

Kasper destaca cuatro rasgos característicos de la esencia del sacerdote: ser un hombre de Dios, un hombre de oración; ser amigo, mensajero y representante de Cristo; ser una persona que comparte la vida de sus amigos, alegrías y esperanzas, miedos y preocupaciones; y ser un hombre de Iglesia. Porque, en definitiva, «la existencia sacerdotal es una existencia testimonial» (p. 29).

El cardenal Koch afirma una vez más que sólo la visión del misterio de Cristo hace posible comprender el misterio del sacerdote y su ministerio. La pregunta por el ministerio en la Iglesia hace referencia a la pregunta sobre qué es la Iglesia: ¿una realidad sociológica o una realidad espiritual? Como dijo el Concilio, la Iglesia es una comunión de ambas realidades. Hay que evitar tanto el peligro de un «monofisismo eclesiológico», como el de un «arrianismo eclesiológico» que parte de una especie de «unidimensional sociologismo de la Iglesia» (p. 38). Para ello vuelve a anotar que el sacerdocio parte de la misión de Jesús y del ministerio apostólico. Y se apoya en la conocida fórmula del «ser-en» y el «ser-frente-a» de Cristo respecto a la Iglesia, para marcar la relación entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio bau-

tismal. Seguidamente trata de la dedicación del ministerio a la predicación, la santificación y el gobierno. Y señala un cambio de paradigma pastoral: la primacía pastoral de la Palabra sobre el sacramento. Porque el católico es en su mayoría no practicante, está en camino de la fe, hay que llevarlo a ella a través de la evangelización (p. 66).

El editor, G. Augustin, firma tres colaboraciones: «El sacerdocio de Cristo y el ministerio sacerdotal», «El testimonio sacerdotal y la liturgia», y «Llamados para llamar», con la que cierra el libro. En la primera, analiza con más detenimiento cómo el sacerdocio se funda en Cristo (p. 71,1). Recorriendo distintos pasajes del Nuevo Testamento, señala «el vínculo intrínseco entre la misión de Jesús y su entrega sacrificial, así como la reciprocidad de sus relaciones» (p. 78,2). Aunque sólo la carta a los Hebreos tematiza expresamente el sacerdocio de Cristo. Un poco más adelante, se detiene en la «perfecta compenetración» entre sacerdocio regio común y sacerdocio ministerial (p. 92, 1: nota 18).

De hecho, «El testimonio sacerdotal y la liturgia: perspectivas para un nuevo resurgimiento espiritual», explica cómo la revitalización del sacerdocio debe hacerse a partir de la Liturgia, porque el ministerio sacerdotal es para la glorificación de Dios. Aquí está la respuesta más profunda a la autocomprensión del sacerdote (pp. 106 in fine - 107,1). Porque «lo que pide el actual momento histórico es no sólo llevar Dios a los hombres, sino también llevar los seres humanos a Dios» (p. 109,1). Es específico del sacerdote ser «especialista en la dimensión trascendental de la vida» (p. 110,3), por ello «la liturgia es el corazón de la vida

y el ministerio sacerdotales» (p. 115,4). Hoy «es necesario descubrir de forma cada vez más profunda la importancia teológica y espiritual de la liturgia para el anuncio de la fe» (p. 118, 2).

En definitiva, esta interesante recopilación refleja los debates existentes sobre el sacerdocio en la Iglesia desde el Concilio, especialmente en Alemania, marcados por la crisis del sacerdocio pero también, o

principalmente, por la crisis de la fe. Aunque todavía las posiciones son variadas, parece que es posible una discusión más serena. Sobre todo, pensamos que el camino hacia delante no debe partir de los estudios sociológicos o psicológicos, por muy importantes que sean, sino desde la gracia del misterio de Cristo y de la Iglesia.

Pablo MARTI

Laurent TOUZE y Marcos ARROYO, *Il celibato sacerdotale. Teologia e vita*, Atti del XIV Convegno della Facoltà di Teologia, Roma: Pontificia Università della Santa Croce, 2012, 306 pp., 17 x 24, ISBN 978-88-8333-281-4.

Con motivo del Año sacerdotal de 2010 fue celebrado en Roma un congreso sobre el celibato sacerdotal en el que confluyeron distintas perspectivas: teológica, canónica, filosófica, psicológica y pastoral. Así, encontramos desarrolladas la perspectiva cristológica a cargo de Angelo Amato, la exegética (Damiano Marzoto examina el nexo existente entre fraternidad y celibato en el Nuevo Testamento), la histórica (Stefan Heid, uno de los renovadores de la historia del celibato, expone aquí sus hallazgos), la espiritual (Laurent Touze, sobre el vínculo entre celibato y sacramento del orden), la antropológica (Antonio Malo, acerca de la relación con la antropología de la afectividad), la psicológica (Aquilino Polaino, sobre los posibles problemas en el ámbito de la psicopatología) y la canónica (Pablo Geffael, acerca del celibato en las Iglesias orientales). Enriquecen todas estas perspectivas las ponencias de otros autores ofrecidos desde estos mismos puntos de vista. Además, resultaron muy interesantes las experiencias y los testimonios de todo el mundo aportados por Jerry Bitoon, Pedro Huidobro, Jean-Pierre Kwambamba, José de Jesús Palacios Torres y Giovanni Tanni.

El objetivo de todo este diálogo con múltiples perspectivas no es otro que reivindicar este tesoro de la Iglesia, que ha ofrecido abundantes frutos apostólicos a lo largo de la historia. El celibato es un camino de libertad que permite una mayor identificación con Cristo, verdadero y único, sumo y eterno Sacerdote (cfr. Heb 7,26-27). Por tanto, el abordaje aquí expuesto no está sólo en clave esponsal, al ver a Jesucristo como Esposo de su Iglesia que requiere una absoluta exclusividad; sino también ontológico y funcional, por considerar una más plena identificación con Jesucristo, quien –pudiendo haber tomado esposa– prefirió permanecer célibe para construir el Reino (cfr. *propter regnum coelorum*, Mt 19,12). En este sentido, «cada cual tiene de Dios su propio don» (1 Co 7,7), aunque quedan igualmente como prueba los abundantes frutos misioneros que el celibato ha procurado a la expansión de la Iglesia. Las tristes historias que enseña nos recuerdan los medios de comunicación no anulan las razones de diversa índole, avaladas por la experiencia universal de la Iglesia. Una mayor identificación con Cristo –suelen concluir las distintas